

Idoia Estornés Zubizarreta

Cuando Marx visitó Loyola.

Un sindicato vasco durante el periodo franquista

Donostia, Erein, 2017, 327 pp. ISBN:978-84-9109-150-9

Este libro de Idoia Estornés Zubizarreta es una contribución de gran valor al conocimiento del sindicato vasco ELA-STV entre 1939 y 1978. Como se sabe, Eusko Langileen Alkartasuna-Solidaridad de Obreros Vascos nació en 1911 en Vizcaya como una central sindical nacionalista vasca y cristiana que en su II Congreso de 1933 pasó a denominarse ELA-Solidaridad de Trabajadores Vascos y que antes de la Guerra Civil de 1936-1939 llegó a alcanzar alrededor de 40.000 afiliados (de ellos 18 000 en Vizcaya y 15 000 en Guipúzcoa).

Como explica la autora en sus primeras páginas, la «escasez documental interior» y las pugnas entre facciones y entre el exterior –la ELA dirigida desde Biarritz y fiel al Gobierno Vasco en el exilio– y el interior –quienes quieren renovar la organización en lucha contra el sindicalismo vertical del franquismo– dificultan extremadamente la tarea de historiar la trayectoria de ELA-STV, como de tantas otras organizaciones políticas y sindicales durante el Franquismo. De ahí que las conclusiones a que llega la investigación no puedan asumirse con el mismo grado de fiabilidad que tienen otros componentes del tiempo presente en cuyo marco trabaja Estornés. Pienso, sobre todo, en dos interrogantes que el libro despierta: el primero, el grado de influencia que ELA-Berri, tal como surge a partir de 1963, tiene sobre la historia social y política de Vasconia; el segundo, el influjo concreto de los miembros dirigentes de ese movimiento difuso que es ELA-Berri, que en muchas ocasiones no conocemos sino a través de *noms de guerre* y que nos ofrecen sus testimonios –algunos de ellos, las fuentes principales del estudio– a través de escritos o entrevistas muy posteriores a los hechos, aunque la autora trate de dar más valor a las fuentes coetáneas a ellos.

Pero estas dudas no empecen para que la investigación de Estornés –pues ante un auténtico libro de investigación nos encontramos– no nos ofrezca elementos de completa certeza sobre la realidad de ELA-STV durante el franquismo y la primera transición. A algunos de ellos nos referiremos a continuación. En primer lugar, a la formación de un núcleo de nuevos militantes de diversas proce-

dencias –algunos, los *eladios* de Kepa Anabitarte Múgica, militantes del sindicato veterano; varios jóvenes de tendencia socialista, entre ellos José Antonio Ayestarán, no agrupados aún; y los 50 o 60 jóvenes católicos militantes o simpatizantes que organizó el jesuita Valentín Bengoa, que incluían a Alfonso Etxeberria y cuya «sede» era el santuario de Loyola–. «De la suma y de la integración de estos tres grupos jóvenes (...), de la comunidad de puntos de vista sobre el franquismo, la lucha obrera y la *cuestión nacional*, surge una nueva trayectoria para ELA-STV, la posibilidad de una nueva familia política, de corte socialista y laico».

Dicha posibilidad se concreta en los llamados «Principios de 1963», «el primer razonamiento socialista de la *cuestión nacional vasca*» (que se recogen íntegramente en pp. 251-257), de los que se desprende la vocación política del nuevo grupo más allá del estricto marco sindical, el interés en insertar el *problema nacional* del nacionalismo en una perspectiva *social* y, más aún, la autodefinición de la nueva ELA como socialista: tanto en lo político como en lo sindical, si es que se pueden distinguir ambos campos, los Principios de 1963 adoptan un análisis marxiano de la historia y de la sociedad.

Por ello, nada tiene de extraño que la nueva ELA –ELA Berri– se rebelara en los años siguientes (1965-66) contra el «Padre» (el PNV), fuera contraria a la Alianza Sindical Española (UGT, CNT, ELA del Exterior) y partidaria, en cambio de la táctica *entrista* de las «comisiones obreras» y de sus modelos catalanes, el Moviment Socialista de Catalunya de Josep Pallach y el Frente Obrero de Catalunya. ELA-Berri se autodenomina ya en 1968 ELA-MSE (Movimiento Socialista de Euskadi), busca alianzas en el exterior, se enfrenta al binomio PNV-PSOE y experimenta una actitud de atracción-rechazo ante el PCE y sus Comisiones. En cambio, ELA-Berri fue siempre radicalmente contraria al terrorismo de ETA. La principal actividad de militantes y simpatizantes de ELA-Berri fueron las «escuelas sociales» en pueblos y barrios, con «sede» generalmente en locales eclesiásticos, y en conflicto con las organizaciones similares de ETA o de ESBA (Euzkadiko Sozialisten Batasuna, el *felipe* vasco capitaneado por José Ramón Recalde).

Estornés dedica un breve pero importante capítulo a la polémica surgida en 1967 por la toma de postura del poeta euskaldun Gabriel Aresti, quien, en tiempos en que los emigrantes procedentes de otras zonas de España constituían cada vez más una parte significativa de la clase obrera del País Vasco, se preguntaba en alta voz: «¿para qué un sindicato vasco si no hay un proletariado vasco?». Los provocativos artículos de Aresti, que sostenía que en Euskadi se debería de rechazar la *ikastola*, por burguesa, y solicitar la implantación de escuelas públicas zonales, en castellano, gallego y vascuence, no eran sino la respuesta a las tesis mantenidas desde el semanario *Zeruko Argia* por José Azurmendi, quien

afirmaba –en conformidad con *Txillardegi*, Krutwig y otros teóricos del neonacionalismo– que «sólo la lengua (el vascence) podía ser vector de nacionalidad», que «lo que procedía era *euskaldunizar* –o *reuskaldunizar*– a toda la población de la considerada Euskal Herria histórica, del Adour al Ebro». En dicha polémica, ELA-Berri se volcó contra el «universalismo humanista» de Aresti: en *Lan-Deya*, su órgano de prensa, se rechazaban las tesis «social-colonialistas» de Aresti y se sostenía que «el euskera es el idioma de los trabajadores vascos, y también de la burguesía nacional, pero el español es el instrumento de opresión de la burguesía española y del fascismo. Afirmar el euskera es afirmar un valor democrático y socialista».

El tercer capítulo informa de la trayectoria de ELA-MSE entre 1969 y 1976: debates internos, reestructuración y expansión durante dichos años, la creciente confrontación con el franquismo hasta la formación, en 1974, en el País Vasco, de lo que la autora denomina «una comunidad emocional», etnicista, tocada de *abertzalismo*, y en la que ETA poseía «un elemento único, extraño a las demás organizaciones vascas desde la guerra: la experiencia de la *respuesta violenta ejercida*». En dicho clima concluía en el País Vasco el régimen franquista y, paradójicamente, también el movimiento ELA-MSE: si ya en los años anteriores se había producido una reaproximación a las bases de ELA-Zaharra (lo que quedaba de la vieja ELA después de la escisión de 1965-66), en 1974-76 será la hora de los que la autora llama «los chicos de Loyola», que protagonizan la reconciliación entre el Interior y el Exilio eludiendo la marca MSE e ignorando «su filosofía aliancista a escala de Estado».

Los «chicos de Loyola» protagonizan el III Congreso de ELA de Eibar (30-31 de octubre de 1976, con una primera fase celebrada en un convento de Euba los días 16 a 20 de agosto), aunque Manu Robles y otros dos «históricos» se mantuvieron en la nueva directiva. Fuera de la reconstruida central sindical, que se dotó de unos nuevos principios (recogidos íntegramente en pp. 268-278) que Estornés resume como «un sindicalismo vasco de clase, anticapitalista y socialista», con Valentín Bengoa como ideólogo y Alfonso Etxeberria como secretario general, quedaron tanto el Euskal Sozialista Biltzarrea/Partido Socialista Vasco (ESB), presentado el 11 de junio de 1976 –un intento de continuar con el MSE y plantar cara al PSOE renovado de Suresnes–, como ELA-Askatuta, con fuerza en Vizcaya y apoyos en algunos sectores del PNV (Ormaza, Irala), que se adelanta con su congreso de Leioa de julio-agosto de 1976 a los *bengoas*, pero que en 1977, tras ser legalizados todos los sindicatos, tuvo que aceptar el «apellido» Askatuta y que «perdió la batalla, vapuleada en las elecciones sindicales, tuvo que fusionarse con ELA-STV en 1990».

En sus breves pero bien urdidas conclusiones, Estornés reflexiona sobre «el peso memorial de los extremos derrota/victoria para el país» y confirma que «no hubo una “paz política” durante el franquismo, menos todavía “paz laboral” sin resistencia»; analiza lo que supone la rebeldía de ELA-Berri en comparación con fenómenos más conocidos como ETA; resume lo que queda de ELA-MSE después de 1976 –un marxismo aligerado, un vago horizonte ‘socialista’ de clase y una opción *nacional vasca* de reminiscencia anticolonial–; expone el «efecto ELA-STV» por comparación con la fuerza de CCOO y UGT en Euskadi, inferior al de la media española; señala que en los años 80 ELA es la primera fuerza sindical en la Comunidad Autónoma Vasca y la tercera en Navarra pero critica su opción por el frentismo nacional. Termina con una referencia a la crisis general del obrerismo de los 90, años en los que el nuevo secretario general, José Eloorrieta, gestionó la fusión con ELA-Askatuta, mientras que la tendencia frentista, interclasista, de la central sindical, junto con su soledad política, le condujeron a los pactos con LAB, al rechazo del Estatuto de Gernika y del soberanismo. En definitiva, y a pesar de los ‘peros’ señalados al comienzo, de los que Estornés es plenamente consciente, de algunas –muy pocas– erratas y de la molestia de tener las notas no a pie de página sino al final del volumen, una obra imprescindible para conocer el sindicalismo vasco, y Vasconia en general, entre el final de la guerra y el comienzo de la Transición.

Ignacio Olábarri Gortázar